

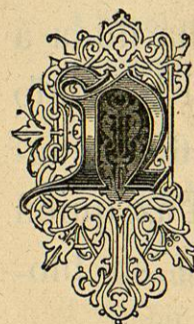
GENERAL
NICKOLAS REGENTIS
1863-1867

RESEÑA HISTÓRICA
DEL
CUERPO DE EJÉRCITO DE ORIENTE.

Segunda época.

(Del 21 de Mayo de 1863 al 13 de Julio de 1867).

I.



o exhaló en Puebla el último suspiro el Cuerpo de Ejército de Oriente.

Prisioneros de guerra nuestros Generales, sin miramiento alguno y tampoco sin compromiso, tenían expedito su derecho para procurarse la evasión, consecuencia forzosa de aquella respuesta noble y digna dada por todos al general francés, cuando éste les exigía que bajo su palabra de honor se comprometieran á no tomar participio en la demanda.

La noche del 21 de Mayo de 1863 los Generales Felipe B. Berriozábal, Florencio Antillón, Porfirio Díaz y Juan Caamaño, burlaron la vigilancia de las centinelas de su prisión y respiraron el aire de la libertad, ejemplo

que en Orizaba siguieron otros muchos, entre ellos el General Ortega. ¡Quedaba con ese hecho asegurado el triunfo de la Patria!

Para no interrumpir en este relato los hechos del Cuerpo de Ejército de Oriente, me permitirá el lector que todo este capítulo lo dedique á un asunto que en lo general afecta al país, cuestión de vital importancia que han tratado ya plumas muy hábiles y talentos muy privilegiados. Quiero referirme á un imperio establecido contra la voluntad nacional, funcionando á pesar de nuestras armas y fulminando desde su solio preñado de tantas amenazas, rayos que no solo herían al roble y al arbusto, sino también á la humilde flor crecida á las orillas del lago..... Arteaga y Salazar..... Romero..... Quiero referirme á la magestad de un Gobierno que, al cambiar de residencia, llevaba entre sus equipajes la bandera de la legalidad, la voluntad nacional y la bendición y los votos de un pueblo, por el triunfo de la causa sagrada y del principio sacrosanto. Quiero, por último, contestar, para que no se arroje una duda á la verdad histórica, la aseveración que hace el biógrafo del señor General Porfirio Díaz en la página 76 del cuaderno editado en la imprenta del señor Ireneo Paz, quien refiriéndose á la fatiga, valor y sufrimientos de su biografiado, asienta estas cruelísimas palabras:

“Solo la colonia trashumante de Paso del Norte, con los productos de la venta de California y los negocios de agio que tantos millones y desgracias han de causar á la República, podía vivir feliz, confiada y llena de doradas ilusiones.”

Comenzaré por orden para no faltar á la lógica, rogando á mis lectores no se impacienten por conocer los detalles de una lucha titánica, á la que después concurremos siguiéndola paso á paso en las desgracias que no

la sofocaron y en los triunfos espléndidos que tampoco lograron embriagarla.

*
* *

Algunos historiadores, entre ellos el elegante y florido escritor Don Hilarión Frías y Soto, en alas de una imaginación ardiente é impulsado por un sentimiento generoso, que toma más aliento en el alma del poeta, llega al templo de la Historia y consagra con el óleo de la benevolencia, la frente del que hizo derramar tantas lágrimas y del que causó tantos sinsabores al pueblo mexicano. Mi opinión es otra, y voy á exponerla con la ruda franqueza del soldado que solo conoce el sentimiento del deber y se inclina respetuoso ante quien lo venera: blandí mi espada contra quien lo quebrantó, con la misma buena fé con que manejo mi pluma para juzgarlo. Comencémos:

“La escalinata monumental del Palacio de Caserta es digna de la magestad. Nada hay tan bello como figurarse al Soberano colocado en aquella altura, como resplandeciendo con el brillo del mármol que le rodea y dejando llegar hasta sí á los humanos. La multitud sube lentamente: el rey le envía una mirada dulce, pero que cae de lo alto. El, el poderoso, el altivo, avanza hacia la turba con una sonrisa de angusta bondad. Que un Carlos V, que una María Teresa aparezcan en la parte superior de esa gradería, y no habrá quien no incline la cabeza delante de la magestad á la que Dios ha dado el poder! Yo también, pobre efímero, sentí subir en mí el orgullo que ya otra vez había experimentado en el palacio del dux de Venecia, y pensaba cuán agradable debía ser en ciertos momentos, muy solemnes para ser frecuentes, colocarse en la parte superior de aquella gradería, poder desde allí dejar caer la mirada sobre la multitud, y sentirse el primero, como el sol en el firmamento.

“ Toqué el círculo de oro y la espada antes tan poderosa, con un sentimiento mezclado de orgullo, de ambición y de melancolía. ¡Cuán bello, cuán brillante sueño para el nieto del Hapsburgo de España, blandir la espada de Fernando para conquistar la corona.”

Estas palabras, escritas por Maximiliano en su libro:

“Recuerdos de un viaje,” justifican el título que le dí en el capítulo primero del tomo anterior, pues son aventureros los que gustan de blandir la espada para hacer una conquista.

Los sueños de Maximiliano contemplando la escalinata monumental del Palacio de Caserta, y los de orgullo y ambición al *tocar el círculo de oro de la espada, antes tan poderosa*, lo harán descender en el juicio histórico, de la altura de su origen, hasta la denigrante y vergonzosa condición de un simple salteador.

En nuestro planeta todo es relativo: unos, con arreglo á su excelsa educación, quieren *blandir la espada y arrojar desde lo alto una mirada á la multitud, sintiéndose los primeros como el sol en el firmamento*: Otros, educados en una atmósfera más pesada y en otra escuela más impúdica, usan el arma prohibida para apoderarse igualmente de lo ageno; y como el crimen, en cualquiera de sus grados tiene sus puntos de contacto, los salteadores de un trono, ó los salteadores de un hogar, reciben cinco balazos en recompensa de sus afanes, ora sobre la poética colina de un cerro, ora sobre el rústico embaldosado del patio de una cárcel.

Los moralistas han pretendido borrar de la frente de los usurpadores la mancha del crimen con algunos lavatorios en el Jordán de la generosidad, como si todavía hubiera cándidos que creyeran en el agua bendita, quitando los pecados del mundo.

El usurpador, por más giros que se den al lenguaje, y por más vuelo que se dé á la inteligencia para que con ráfagas de luz ilumine el fondo de los antros del crimen, no podrá borrar ni destruir sus hechos, que son la base de terrible sentencia.

El usurpador, con la pesada carroza de sus ambicio-

nes, hunde en la muerte y en la nada al que se opone á su paso en legítima defensa de sus derechos, si por desgracia no tiene los elementos necesarios para detener en su camino al detentador de sus prerrogativas.

Yo fuí testigo presencial de los inmensos perjuicios causados por Maximiliano para abrirse camino hasta la capital de la República, primero, y para sostenerse después en su puesto de donde lo arrojaba con furia la voluntad nacional: que hubo víctimas y desgracias lo supe, porque estuve al lado de aquellas y contemplé éstas con estupor; y no es lo mismo leer en un periódico la descripción de una batalla, que presenciirla y tener que recoger el campo después del combate; por mucho que los historiadores se figuren, por viva y ardiente que sea su imaginación para representar el cuadro horrible de la muerte con todo su fúnebre cortejo, solo el que ha sentido caer sobre la mano el llanto de los moribundos mezclado con las ardientes lágrimas de la que va á ser viuda y del que va á sentirse huérfano y sólo en medio de un mundo egoísta y despiadado, puede saber cuánto hace estremecerse de dolor aquel llanto, y cuanto hace sufrir el ¡ay! desgarrador del moribundo. Los que tenemos valor para esperar la muerte al pié de la bandera, nos sentimos cobardes y timoratos en las salas del Hospital de sangre.

Cuando detrás de aquel cuadro de miserias humanas vemos al usurpador admirando la *escalinata monumental del Palacio de Caserta, dispuesto á blandir la espada del Hapsburg de España para conquistar un trono*, no podemos, ni al través de los años, reprimir el grito de indignación que sale desde el fondo de una alma herida por tantos infortunios.

Para los moralistas no es un crimen de lesa civilización, sembrar de cadáveres el camino que ha de reco-

rerse para llegar al objeto deseado, invocando la peor de las causas, enarbolando la bandera de la infamia é insultando á todo un pueblo con el lema de *Equidad en la justicia*, lanzado en una proclama como el más cruel de los sarcasmos.

Cuanto más los pageneristas ensalcen á Maximiliano por su claro talento y su vasta y sólida instrucción, más y más lo afirman en el banquillo del acusado, de donde han querido levantarlo los poetas, después de ceñirle la corona del martirio.

Analicémos.

Maximiliano no ignoraba ni podía ignorar que la *Junta de notables* formada bajo la presión de las bayonetas francesas, todo era, menos la expresión universal del sentimiento público; y tan así lo creyó, que al dirigirse á Gutiérrez Estrada participándole su aceptación, le decía entre otras cosas: "con la condición de que la Francia y la Inglaterra me sostengan con su garantía moral y material en tierra y en los mares." Luego en buena lógica debemos suponer que Maximiliano sabía que la voluntad del pueblo no lo sostenía en ninguna parte, y que al dar su asentimiento, había pesado en su ánimo el pró y el contra de su imperial aventura. El acta de aquella célebre Junta se conservará en la Historia como el más descarado insulto á la verdad.

Voy á robustecer mis ideas con las oportunas palabras del Conde Kératry, á quien citaré varias veces en este capítulo.

"A pesar de las flores y los fuegos artificiales, prodigados en el tránsito del general Forey al entrar á México, el entusiasmo fué ficticio. Lo que debió sobre todo llamar la atención de un jefe observador, fué que Juárez no había sido expulsado por la población de la Capital. El Jefe del Estado cedía el puesto por la fuerza, pero sin compromiso alguno. En su retirada llevaba consigo el poder republicano sin dejarlo caer de sus manos: estaba agobiado, pero no abdicaba. Tenía la tenacidad del derecho. Durante

"cinco años el secreto de la fuerza de inercia ó de la resistencia del viejo indio, fué retirarse de pueblo en pueblo, sin encontrar jamás en su camino, ni un asesino, ni un traidor."

Debemos suponer también que el aspirante al trono de México, daba su preferencia en la lectura á los periódicos del continente que pretendía gobernar con el beneplácito del mundo entero, porque es indigno suponer que quien iba á echar tan pesada carga sobre sus hombros, no procuraba conocer la opinión universal de nuestra patria: esa opinión era clara, franca y viril en los lugares en donde no imperaba la intervención francesa. El siguiente artículo publicado en el Núm. 7 de "La Victoria," Periódico del Gobierno de Oaxaca, (Julio de 1863) era bien explícito por cierto: dice así:

"Solo hemos recibido un periódico de Puebla, el "Boletín Oficial" sin ninguna noticia nueva, digna de llamar fuertemente la atención.

"Los invasores y los retrógados se engolfan en su victoria, se desempolvan los pergaminos, se rizan los cabellos y se vuelven á sacar á luz las casacas bordadas, para representar en la ciudad los sainetes de Versalles. Si la dignidad de hombres libres ha desaparecido de las almas infames, en cambio el orgullo del ridículo y la ostentación vanidosa les recompensa en sus farsas monárquicas, el peso de la cadena de oprobio que arrastran entre el fango.

"En un instante y como por obra de encanto, á la democracia de Esparta suceden en México las escenas libidinosas del reinado de Luis XV con toda su humillación, con su lasciva podredumbre, con sus falsos dorados; es que una República democrática, la más generosa, la más atrevida, la más liberal y más grande, se ha tornado en un imperio absoluto, extranjero y despótico, aborto singular de la sacrílega cópula de la traición, el fanatismo y el asesinato.

"Cada uno de esos cortesanos ridículos lleva en su pecho las heces corrompidas de la dominación colonial, ó el timbre eterno de la infame vendimia de su patria.

"Los Borgia y los Médicis, envenenadores de oficio, eran más nobles que esos mendigos cobardes y traidores: la sombra de Alejandro VI se avergonzaría de encarnar en el obispo Labastida: el conde D. Julián y Picaluga tendrían asco de Almonte: los cortesanos de Faustino Soulouque no se pondrían por decoro los viejos uniformes de estos andrajosos arlequines.

Pablo Salas
Escribiendo